

# Las reformas del Hospicio de Huérfanos de Nuestra Señora de Atocha de Lima durante el siglo XVIII

## The Reform of the Hospice of Nuestra Señora de Atocha in Lima during the Eighteenth Century

**Juan A. González Delgado**

Universidad de Sevilla, Sevilla, España

Contacto: [jgonzalez8@us.es](mailto:jgonzalez8@us.es)

<https://orcid.org/0000-0002-3554-5882>

### RESUMEN

La historiografía ha abordado profusamente la iglesia del Hospicio de Huérfanos de Lima, por lo que ha analizado sus ecos borrominianos y abierto numerosos debates en torno a las consecuencias arquitectónicas del sismo de 1746 y la autoría de la actual iglesia. Un reciente estudio de Gauvin Alexander Bailey publicado en la *Burlington Magazine* ha revitalizado estos debates en torno al edificio. Sin embargo, se ha detectado una falta de conocimiento en lo que corresponde al propio hospicio y al estado de la iglesia con anterioridad al proyecto de la década de 1740. La localización de documentación y planos inéditos ha permitido un mejor conocimiento del hospicio desde el punto de vista arquitectónico. De tal modo, se analizarán las propuestas de los arquitectos Íñigo de Eraso y Eugenio de Atienza en 1720 para el hospicio y su iglesia, poniéndose en relación con las que posteriormente se realizaron. Se analizarán aspectos como la mejora de la salubridad, los cambios en la configuración del edificio o el estado de la iglesia. Posteriormente, se estudiarán dos planos producidos por un ingeniero en tiempos del virrey Amat con una propuesta para el hospicio, con lo que se destaca la importancia de los ingenieros militares y la aplicación de un nuevo lenguaje arquitectónico. La documentación empleada procede de diversas instituciones como el Archivo General de Indias, la British Library o la Biblioteca de Cataluña.

**Palabras clave:** Arquitectura asistencial; Arquitectura virreinal; Ingeniero militar; Íñigo de Eraso; Quincha.

### ABSTRACT

The historiography's approach to the church of the Hospice of Nuestra Señora de Atocha (Lima) has been extensive, pointing out the similarities with Borromini's models and opening debates about the consequences of the 1746 earthquake and the design of the church. A recent study by Gauvin Alexander Bailey, published in the *Burlington Magazine*, has revitalized those debates about the building. Nevertheless, there is a lack of information about the hospice and the church before the decade of the 1740s. The article will be based on the report of 1720 by the architects Íñigo de Eraso and Eugenio de Atienza and their proposals for the hospice and church, viewed in relation to the later reforms. Aspects such as the improvement of health, changes in the configuration of the building or the condition of the church will be examined. Moreover a plan for the hospice drawn up by a military engineer under the viceroyalty of Manuel de Amat will be analyzed regarding the importance of the military engineers and the application of a new architectural language. The unpublished documents and plans found allow a better knowledge of the building and its architecture. This documentation comes from various institutions: the General Archive of the Indies, the British Library, and the Library of Catalonia.

**Keywords:** Healthcare Architecture; Viceregal Architecture; Military Engineer; Íñigo de Eraso; Quincha.

## 1. Introducción

El hospicio de huérfanos de Lima, cuya advocación era la de Nuestra Señora de Atocha, ha sido un edificio muy maltratado por la actividad sísmica frecuente en el área limeña. Especialmente los terremotos de 1687 y 1746 son fundamentales para la comprensión de la historia de esta edificación, ya que provocaron importantes reformas. El hospicio de huérfanos de Lima desde su creación en 1603 por parte de Luis Pecedor como centro asistencial hubo de luchar por su subsistencia, pasando por períodos de grave crisis, especialmente tras el terremoto de 1687, cuando pasó a ser regentado por los agustinos. Solo gracias a la intervención de la Corona y del virreinato fueron capaces de poder atender a centenares de niños huérfanos, por lo cual consiguieron el privilegio de tener una imprenta o contar con asignaciones anuales en la hacienda virreinal. Todo ello provocó que se convirtiera en un centro importante en el entramado asistencial de la ciudad. Por desgracia, durante el siglo XX el edificio se enfrentó a nuevos desafíos. En 1930 el hospicio de huérfanos abandonó el edificio, lo que provocó la pérdida de este sector del edificio. Finalmente, el terremoto de 1940 dañó profundamente las bóvedas de la iglesia, motivo por el que se llegó a plantear la demolición del edificio.

La historiografía, muy abundante sobre este edificio, se ha centrado sobremanera en la citada iglesia, único vestigio que actualmente subsiste en la ciudad, ignorando las informaciones acerca del propio hospicio y su configuración interna. En dicho aspecto, los estudios precedentes se han enfocado en dilucidar a qué momento histórico perteneció el diseño de la actual iglesia; es decir, si fue fruto de la reforma iniciada en 1758 o si bien esa reforma retomó el mismo plan que se aplicó en los años inmediatamente anteriores al sismo de 1746 (Bailey, 2022; Bayón y Marx, 1989, pp. 140-152; Gisbert y Mesa, 1997, pp. 263-272; Harth-Terré, 1942; San Cristóbal Sebastián, 2011, pp. 296-300; Wethey, 1949, pp. 253-254). Otro de los grandes debates fue dilucidar quiénes fueron sus arquitectos con relación al carácter borrominiano de su planta, pues si bien la documentación citaba a Juan de Matamoros, Manuel de Torquemada y Cristóbal de Vargas, el propio

Emilio Harth-Terré (1942) ya puso en duda esta información. Este, si bien aceptó a Torquemada como tracista, acabó proponiendo una posible intervención de un jesuita, el padre Rehr, para explicar así las similitudes con la obra de Borromini. Harold H. Wethey (1949, pp. 253-254), quien hizo un análisis formalista acerca de la iglesia y sus elementos decorativos, atribuyó a Cristóbal de Vargas el diseño, aunque señaló la falta de claridad del documento. Más interesante fue la aportación de Teresa Gisbert y José de Mesa (1997, pp. 263-272), quienes estudiaron la iglesia como un ejemplo de la asimilación de los modelos borrominianos en la arquitectura andina. Ambos, aunque nombran a Cristóbal de Vargas como arquitecto principal, vincularon el diseño del edificio con el arzobispo Gregorio Molleda y Clerque, quien había estado en Roma. Además, apoyaban la tesis de Harth-Terré acerca de la intervención de un jesuita, dada la simbología de la planta. Todo ello ha conducido a un adecuado conocimiento de la actual iglesia de Los Huérfanos, pero se desconoce buena parte de lo que respecta a la situación del edificio con anterioridad al sismo de 1746, a excepción de algunos datos aportados por Gauvin Alexander Bailey (2022), y especialmente en lo que se refiere al propio hospicio. Esos serán los aspectos que se tratarán de abordar en el presente estudio.

Investigaciones más recientes han aportado más información acerca de las etapas constructivas de la obra y se han sumado a los debates citados. Antonio San Cristóbal Sebastián (2011, pp. 296-300) afirmó que la iglesia mantiene estructuralmente la planta gótico-isabelina que tuvo en sus orígenes, lo cual es difícil de asegurar teniendo en cuenta los escasos documentos que se tienen respecto de la iglesia en el siglo XVII. Además de realizar algunas apreciaciones acerca de la planta, San Cristóbal valoró especialmente la ornamentación del edificio. En otro estudio, San Cristóbal sí abordó la autoría del edificio, argumentando que la iglesia que se levantó en 1758 no respondía a la actividad de los arquitectos citados con anterioridad al sismo de 1746 (Mattos-Cárdenas, 2016). La última gran aportación acerca de la arquitectura del edificio se debe a Bailey (2022), quien además realizó un cuidadoso

estado de la cuestión acerca de los debates aquí citados. Bailey siguió la línea de Gisbert y Mesa en cuanto que su interés fue comprender la iglesia de los Huérfanos en relación con el modelo borrominiano. Además de aportar información inédita acerca del estado de la iglesia entre los terremotos de 1687 y 1746, se centró en abordar la autoría de la planta. Ciñéndose a la documentación existente, propuso como autor de la planta a Cristóbal de Vargas, con lo que descartó la participación de otros personajes que no aparecen reflejados en la documentación. Argumentó que la adopción de modelos borrominianos bien podía ser comprendida a través del estudio de los tratados italianos que por entonces circulaban.

Por último, ha habido otros acercamientos recientes al edificio y a la institución por parte de Richard Chuhue Huamán (2009; 2014; 2016). Este, aunque se hizo eco de las etapas constructivas del edificio, aportó una imagen global acerca de la institución y su historia. Asimismo, abordó los enterramientos de los huérfanos en la cripta habilitada para ello poco después del terremoto de 1746, un elemento de gran relevancia para entender el funcionamiento del hospicio. Finalmente, también se enfocó en la Hermandad de Nuestra Señora de Atocha de escribanos, que fue la que ocupó el edificio hasta el sismo de 1687. Estos aspectos permiten conocer el funcionamiento del hospicio y otras particularidades fundamentales para esta investigación.

El objetivo del presente artículo será definir los cambios que sufrió el Hospicio de Huérfanos de la ciudad de Lima durante el siglo XVIII. Más concretamente se pondrá de relevancia la importancia de los sismos en la vida del edificio y las constantes reformas que sufrió, aportando por primera vez una tentativa de estudio arquitectónico del área del propio hospicio. Además, esto se intentará conectar con la bibliografía existente, que en lo que se refiere al punto de vista arquitectónico, se ha centrado únicamente en analizar la iglesia que se construyó tras el último de los grandes movimientos de tierra. Por otro lado, se ahondará en la importancia que tuvieron la Corona y el virreinato en la subsistencia del edificio, especialmente en la creación de un proyecto por parte de un ingeniero militar. Asimismo, se de-

mostrará la importancia que el concepto de salubridad a través de la ventilación e iluminación ganó en la cultura arquitectónica del siglo XVIII y su aplicación concreta por los alarifes. Finalmente, también se pondrá de relieve el uso de técnicas de cubrición de carácter local, pero también asociables a otras áreas del virreinato. En cuanto a la metodología, esta tendrá un carácter tradicional, basándose en la documentación hallada en el Archivo de Indias y la British Library, así como en el análisis de los planos localizados en la biblioteca de Cataluña. Sin embargo, esta documentación de archivo permitirá plantear algunas cuestiones no abordadas hasta la fecha en torno al edificio.

## **2. El hospicio de niños huérfanos entre los sismos de 1687 y 1746**

La asistencia a los niños huérfanos fue una constante en la red asistencial de la España cristiana, especialmente desde el siglo XVI. Es el caso de las fundaciones del Hospital de Niños Huérfanos de Madrid y el Seminario de San Telmo de Sevilla. Este tipo de instituciones fueron estableciéndose en América durante ese período (Hernández García, 2005). La fundación del hospicio de niños huérfanos de Lima se inserta en una red asistencial en la capital virreinal junto con otras fundaciones como el Hospital de Caridad para mujeres españolas, el Hospital de San Andrés para hombres españoles, el Hospital de San Andrés para indios, el Hospital del Espíritu Santo de los mareantes, el Hospital de San Lázaro para leprosos y el de San Bartolomé para negros, siendo este el último en fundarse, en 1646 (Chuhue Huamán, 2009). La casa de expósitos de Lima fue fundada por Luis Ojeda, apodado “El Pecedor”, en 1603, aunque llevaba poco más de un lustro funcionando. A pesar de que en un principio pensó en crear un hospital para negros, su confesor franciscano, fray Juan Roca, le convenció de ayudar a los expósitos. Esta casa y su iglesia, cuyo solar compró Luis Ojeda en 1600, tuvieron como advocación la de Nuestra Señora de Atocha, cuyo origen debe establecerse en Madrid y lo cual puede interpretarse como un modo de ganarse el apoyo de la Corona. Aunque no ha llegado al presente, en su interior se encontraba un lienzo de esta advoca-

ción (Chuhue Huamán, 2014, pp. 107-108). En este tipo de fundaciones, al igual que en los hospitales, se combinaban la labor asistencial con una función adoctrinadora en la fe cristiana, cumpliendo un papel fundamental en las ciudades americanas.

En los primeros años, la casa sufrió numerosas dificultades para conseguir financiación, que dependía de limosnas. Se intentó involucrar al virrey, quien pidió a los comerciantes que contribuyeran. Estos lo hicieron dando el equivalente a un año de gastos, pero se excusaron de seguir ayudando. Fueron los escribanos quienes decidieron fundar una cofradía en dicho hospicio y quienes regentaron la casa tras la muerte de Luis Ojeda (Chuhue Huamán, 2016). No fue esta la única hermandad que se creó en el hospicio, sino que durante el siglo XVII se citan al menos otras dos, la del Santísimo Sacramento y la de Nuestra Señora de la Regla (Chuhue Huamán, 2009, pp. 149-150). Desde la Corona también se apoyó al hospicio mediante el establecimiento de una renta de mil pesos anuales, sacados de los tributos de indios, durante ocho años. Hay ciertos interrogantes a la hora de clarificar qué tipo de niños se acogían en este hospicio. Por una parte, en un principio parece que se acogió a niños y niñas blancos, pero más tarde se dijo que la mayoría de los niños amparados eran de origen mestizo. Sin embargo, estos recibían diferente educación, siendo los blancos los únicos que tenían formación para oficios (Mannarelli, 2004, pp. 249-287). Más difícil es dilucidar qué ocurriría con los indígenas o negros, que probablemente no fueran aceptados por la institución. En 1655 se decidió crear el colegio de las Niñas Expósitas de Santa Cruz de Atocha por parte de Mateo Pastor Velasco y Francisca Vélez en la misma casa, dando una mayor separación por sexos al hospicio (Rivasplata Varillas, 2021). Las mujeres recibían una educación orientada al ámbito doméstico para normalmente acabar de sirvientas en casas de algunos vecinos. No obstante, para el caso de las niñas, al menos desde las constituciones de 1756, se establecía que estas debían ser españolas, lo cual no dejaba de ser lo que se indicaba en la fundación del hospicio. En cuanto al número de huérfanos, en 1602 eran ya entre 30 y 60 niños de

cuna y en torno a 120 destetados, llegando a una cifra total de trescientos en 1605 (Chuhue Huamán, 2009, pp. 149-151).

A lo largo del siglo XVII, con la implantación de la citada hermandad y otras limosnas y rentas concedidas al hospicio, su economía fue creciendo hasta dejar atrás las dificultades económicas que tuvo en sus primeros años. Empero, el sismo de 1687 arruinó por completo el hospicio y afectó gravemente su economía, llegando a estar inactivo algunos años. Esto se ve reflejado en el menor número de niños que había en 1707. En 1718 se registra en total 173 huérfanos y en 1720 se da noticia del menor número de niños de pecho, pasando de 140 a 85 niños. Desde la Corona y el virreinato se intentó reactivar el hospicio con algunas rentas. El virrey asignó dos mil pesos procedentes de la sisa, mientras que desde la metrópolis se propuso aplicar parte del noveno y medio destinado a hospitales, lo cual se tradujo en mil quinientos pesos anuales. A pesar de ello, tal y como se reconoce en la propia Cédula Real, se necesitaban doce mil pesos anuales para gastos de funcionamiento y otros tantos para reparar los daños del terremoto. Mediante dicha cédula se ordenó pagar estas cantidades, sacando buena parte de las vacantes de obispados que se aplicaban a obras pías y fábricas de iglesias.

Poco después, en 1720, se produjo la intervención de dos alarifes, quienes realizaron un extenso informe acerca del estado del edificio y las intervenciones que se necesitaban. Los elegidos para ello fueron Juan Íñigo de Eraso, maestro mayor de la catedral, y Eugenio Fernández de Atienza, maestro de fábrica. Es importante remarcar la importancia de Eraso, alarife de origen vasco, ya que por entonces era el arquitecto de mayor prestigio en la ciudad (Batiz, 2003, pp. 455-457). Tras el terremoto de 1687 informó acerca del estado de la catedral limeña y propuso una cubrición de madera y yeso. A inicios del siglo XVIII fue nombrado maestro mayor de dicho edificio. También fue alarife del cabildo, levantando nuevos portales en la plaza mayor y participando en la construcción del Palacio Municipal. Además, también participó en la reforma de la capilla de la Purísima de la iglesia de San Francisco. Por su parte, Atienza fue nombrado maestro mayor en

1717, trabajando en las obras del convento de San Agustín (Harth-Terré, 1945, p. 244).

El estado del edificio antes del terremoto de 1687 es desconocido debido a la ausencia de documentos gráficos o textuales. Únicamente puede ser de utilidad el plano de la ciudad de Lima que en 1685 realizó el mercedario Pedro Nolasco. En él puede intuirse con cierta precisión la presencia de la iglesia de una sola nave y la existencia de dos patios anexos. Ello encaja con la descripción que hicieron los alarifes treinta y cinco años después. Este informe, sin embargo, no permite hacer una reconstrucción exacta de la configuración de los espacios en el hospicio, ya que aporta poca información acerca de la ubicación de cada dependencia o sus medidas. Además de la descripción de lo existente, en este informe se han identificado varios aspectos muy relevantes para los alarifes en su intervención. En primer lugar, una reordenación del espacio de algunas dependencias para obtener una configuración más funcional. Por otra parte, se ha identificado una constante preocupación por evitar las numerosas humedades que presentaba el edificio, especialmente a través de una mejor cimentación. Asimismo, y en conexión con lo anterior, se ha detectado un interés general por la salubridad de los habitantes del hospicio, con una especial atención a una buena circulación del aire y una correcta iluminación. Por último, otro aspecto que recibió gran atención por parte de los alarifes fue la cubrición de las estancias, que implementó una técnica autóctona y de gran capacidad aislante, como era el uso de esteras y tortas de barro.

En cuanto a la reordenación de los espacios, los alarifes plantearon pequeñas modificaciones, pero que revestían una gran relevancia en el modo de entender la configuración del hospicio. El mayor problema era que la escuela de los niños se ubicaba en el zaguán, siendo especialmente sensible a los ruidos de la calle, lo que entorpecía la enseñanza de los huérfanos. Se propuso entonces ubicarla en uno de los patios y, sobre ella, disponer las habitaciones de los niños. Se ha de recordar que la enseñanza era solo destinada a los varones, por lo que esta se conformaba como un núcleo totalmente masculino. La ubicación de los dormitorios en un espacio alto también per-

mitía alejarlo del suelo y, así, prevenir las posibles humedades. Al lado se había de erigir la habitación del capellán. En la misma zona de la escuela debía encontrarse el refectorio y la enfermería. Por otra parte, el espacio de las mujeres debía ubicarse en el otro lado del patio. Este es un sistema habitual de separación de sexos que se puede ver replicado también en hospitales construidos por las mismas fechas. Al lado de los dormitorios se dispuso una sala, cuya función no se esclarece, pero debía servir para las labores que las niñas aprenderían, siguiendo la habitual diferenciación de educación según sexos.

Además, el informe permite vislumbrar otros espacios que, probablemente, pudieran estar en el otro patio. Es el caso de dependencias más funcionales, como el lavadero o un espacio de huerta. Igualmente, también se habla de otros espacios como una sala para los destetados, un cuarto para la abadesa, el refectorio para las chicas, una cocina, un gallinero o la sala de reunión de los hermanos veinticuatro, es decir, aquellos hermanos de mayor rango y poder en la cofradía. Es difícil comprender dónde estaban ubicadas todas estas dependencias. Además, no se hace referencia a los espacios de las nodrizas, que debían encargarse del cuidado de los huérfanos en sus primeras etapas de vida, aunque sería lógico pensar que estuvieran en una sala adyacente o cercana a estos.

Muchas de las recomendaciones de los alarifes en su informe eran conducentes a mejorar la salubridad del edificio. Especialmente atentos fueron al problema de las humedades que afectaron profundamente al hospicio, según se colige del informe. Este problema, habitual en muchos edificios de la zona, era especialmente peligroso en cuanto muchos de los niños huérfanos entraban al edificio incluso sin destetar, siendo muy vulnerables a enfermedades de índole respiratoria asociables a las humedades. Contra dichas humedades las intervenciones se centraron en tres aspectos: la cimentación, la cubrición de las estancias y la ventilación. En el caso de la cimentación, fueron muchas las dependencias donde se aconsejó reforzar los mismos o hacerlos *ex novo* en nuevas dependencias, tratando de luchar contra la humedad. Es el caso del refectorio, la pla-

nada de los lavaderos o la escuela de los niños. La intervención solía ser la misma en todos los casos. Los cimientos debían contener como base vara o vara y media, es decir, entre aproximadamente 80 y 120 centímetros de piedra de cerro o de río mezclada con cal. Luego se solaba la estancia con hasta otra vara de ladrillo y cal. Esta es una técnica muy usada en el ámbito limeño, con la cual se buscaba impermeabilizar los cimientos y evitar la aparición de humedades. Los alarifes limeños discutieron sobre el tamaño de la canteoría, prefiriéndose de menor tamaño, y emplearon como mortero tanto cal como barro (Fohn, 2016). Este tipo de usos se ha localizado en la arquitectura doméstica del siglo XVIII, como puede ser el caso de la casa de Pilatos o el Palacio de Torre Tagle (Álvarez Ortega, 2022, p. 42; Crespo Rodríguez, 2020; Guzmán Quintana, 2018).

La correcta iluminación de las estancias fue otra preocupación de los alarifes, lo cual demuestra un gran interés en el bienestar ambiental de los habitantes del edificio. Esto se tradujo en la propuesta de abrir numerosas ventanas, algunas de ellas de gran tamaño. Es el caso del refectorio de los huérfanos, lugar de reunión para las comidas, donde se propuso abrir dos grandes ventanas de 167 cm de ancho y 80 cm de alto. Del mismo modo, en el refectorio de las huérfanas también se planteó abrir tres ventanas. En la sala de cabildo de los hermanos veinticuatro se indicaba la apertura de dos grandes ventanales de dos metros y medio de alto y casi seis de ancho, así como otras dos ventanas que aportarían mayor luminosidad de metro y medio de alto y 80 cm de ancho. Otro espacio cuya iluminación se entendía fundamental era la escuela. En este lugar plantearon una gran ventana que mirase al patio para recibir una gran cantidad de luz, con 140 cm de ancho y 230 cm de alto. También se hace referencia a ventanas en otros espacios como los dormitorios, el pasillo hacia las dependencias de la casa o la enfermería. Es evidente el interés de estos alarifes de dotar a ciertos espacios de una buena iluminación, privilegiando aquellas zonas que más lo podían necesitar: refectorios, sala de cabildo y escuela.

Con el paso del tiempo la cubierta del edificio fue de las partes que más sufrieron, hallándose

el hospicio con muchos de los techos caídos o necesitados de reforma. Los alarifes propusieron un tipo de cubrición muy concreto para prácticamente todos los espacios. Si encima de esa dependencia debía construirse un segundo piso, como en el caso del refectorio de huérfanos o la sala de cabildo de los hermanos veinticuatro, la tipología empleada era la de un techo de madres y cuartoncillos entablado con madera de Chile y cubierto con cinta embebida, una tipología habitual en el ámbito limeño (Barrera Camarena, 2017). En otras estancias del piso bajo, como en la sala de los destetados, el cuarto de la abadesa o el refectorio de huérfanas, se modificó levemente esta tipología, empleando cartonería de roble entablado con madera de Chile y cubierta con cinta embebida. La madera de Chile, especialmente de la zona de Valdivia y Chiloé, fue ampliamente usada en Lima gracias a sus propiedades aislantes e impermeables. En el piso superior se prefirió optar por una solución más liviana, también típica en el área, pero no por ello menos interesante. Las paredes de los pisos superiores se denominaban “telares”, lo cual se ha de entender como el uso de quincha y materiales de menor peso como un mecanismo para reducir los posibles efectos de un nuevo sismo sobre las dependencias inferiores. Estos telares de quincha se recubrían de barro para darle mayor consistencia a la construcción. Este uso se ha identificado en otras edificaciones limeñas, siendo habitual en la arquitectura doméstica (Scaletti Cárdenas, 2015). Finalmente, las estancias superiores se cubrían con una técnica autóctona, empleada también en el área chilena, y de gran capacidad aislante. Al interior se cerraban con madera de mangle, muy empleada por su impermeabilidad. Al exterior, se cubrían con cañas, esteras y tortas de barro, con la misma intención. Se trata de un sistema de mayor economía que la cubrición con tejas, que solía ser la alternativa habitual. Sin embargo, en el informe se halla una excepción contra este tipo de soluciones. Es el caso de la tinajera, que se prefiere cubrir con ladrillo, ya que se consigue una mejor duración de las maderas, pues en ocasiones el barro se desprendía dejando descubiertas las maderas provocando su más rápida pudrición. Se trata de un uso excepcional y que solo se explicita en esta estancia.

Por otra parte, los alarifes propusieron una importante reforma de la iglesia. El mayor problema correspondía al estado de la solería y la humedad en relación con la existencia de sepulturas bajo la misma. La iglesia estaba sin enladrillar y las sepulturas estaban levantando el suelo, indicando que los feligreses no podían ni sentarse ni hincar la rodilla, por lo que su uso se revelaba de gran incomodidad. La idea de los alarifes fue crear dos bóvedas bajo la iglesia separadas por un muro de cal y ladrillo, con una longitud total de 20 m de largo y 5 m de ancho. Un lado se destinaría a españoles mientras el otro sería para entierros de menor costo. Lo más interesante del proyecto y que conecta con ese interés en mejorar la salubridad del edificio era el sistema de respiración de este espacio. Sobre la separación de ladrillos entre ambas bóvedas se planteó un óvalo que permitiese la circulación del aire entre los espacios. Además, ambas bóvedas debían tener conexión con el patio para expulsar los malos olores mediante pequeñas bóvedas de cañón que dieran a sendos vanos enrejados en el patio. De tal modo se estabilizaría el suelo de la iglesia, pudiendo ser solada y mejorar el problema de las humedades, si bien estas persistieron debido a la existencia de una toma de agua subterránea. Es difícil saber si dicho proyecto tuvo alguna influencia en la cripta que actualmente se conserva bajo la iglesia. Parece que antes del terremoto de 1746 ya había una bóveda, que tenía cimbras de adobes y cascajo. En un informe posterior se habla de la existencia de dos espacios para españoles e indios y de vanos a la calle para la expulsión de los olores (Chuhue Huamán, 2014). Aunque no hay pruebas de que nada de lo propuesto por estos alarifes se llevase a cabo, no es descabellado plantear que el origen de esa cripta estuviera en el proyecto de estos constructores en 1720.

La fisonomía de la iglesia parecía responder al modelo de cajón, usual en la zona, es decir, de una única nave. Esta se cerraba con una bóveda de medio cañón y en la zona del presbiterio con una bóveda esquifada, empleando como material las cerchas. Este tipo de bóveda no gustaba, siendo llamada de manera despectiva “chimenea”. Por ello, los alarifes propusieron disponer dos arcos torales para delimitar la zona del pres-

biterio, creándose una especie de crucero, siendo el segundo de los arcos de menor tamaño. Ese espacio central se cubriría con una bóveda vaída, que se remataría con una linterna, empleándose de nuevo las cerchas como material más flexible y sismorresistente. Además, los constructores señalaron la falta de retablos, no contando la iglesia con ni siquiera uno para el altar mayor. Eraso y Atienza únicamente se limitaron a indicar que el número necesario de retablos debía ser cinco, es decir, el del altar mayor y dos a cada lado de la nave.

Por último, la iglesia también carecía de fachada. Ello provocaba que las palomas hicieran nidos en los huecos, con el problema de salubridad e imagen que esto podía conllevar. Además, los niños arrojaban piedras que caían al interior del templo. Esta información, junto al mal estado de la solería en el interior, da una imagen muy pauperizada del edificio tras el terremoto de 1687. La propuesta de estos alarifes para la fachada debía ser de dos cuerpos más un tercero para el frontis, empleándose columnas y pilastras que sostenían entablamentos. Según esta somera descripción, puede que respondiese a la tipología de arco triunfal usual tanto en España como en América. Esta fachada sería de ladrillo y cal y sus elementos portantes de cantería, dando relevancia a la misma como imagen del templo mediante el uso de dicho material, apenas usado en su interior. En cuanto a los elementos iconográficos, en el segundo cuerpo, sobre la fachada, debía colocarse la imagen de la patrona, Nuestra Señora de Atocha, mientras que el frontón se decoraría con las armas reales, signo de su vinculación con la monarquía. La otra portada del edificio, la de entrada al hospicio, seguiría un esquema similar, pero más simplificado. Unas pilastras dóricas que sustentarían un frontis donde se dispondrían de nuevo las armas reales grabadas en una lámina de bronce.

Debido a la ausencia de documentación y planos es muy difícil comprender cuántas de estas reformas propuestas se llevaron a cabo. Jorge Bernal Ballesteros lacónicamente afirmó que el virrey Castellanos había acondicionado el edificio; empero, ello no parece ser del todo cierto cuando en 1720 se estaban proponiendo estas

reformas tan profundas (Bernaes Ballesteros, 1972, pp. 217-218). En 1736 se volvieron a proponer reformas por el alarife Isidro Lucio, pero estas afectaban únicamente a la capilla, con lo que se dio a entender que el hospicio se hallaba en buenas condiciones. Esto podría llevar a pensar que las reformas del hospicio sí se realizaron. Alguna documentación parece indicar que las obras al menos se comenzaron, ya que, en una cédula real de 1722, se da cuenta de que el mayordomo estaba ejecutando obras empleando su caudal, a lo cual se apoyaba con la asignación de mil ducados anuales al mayordomo Juan José de Herrera en derecho de pulperías y se le permitía nombrar a su hijo como sucesor en el cargo. Sea como fuera, se ha de comprender la intervención de estos arquitectos, de gran prestigio, como un intento por parte de las autoridades de modernizar el edificio mediante unas reformas que apuntaban hacia una mejor funcionalidad y salubridad del edificio, además de una mejor imagen en lo que a la iglesia se refiere.

### 3. Las reformas en la iglesia en torno al sismo de 1746

Más relevancia historiográfica tuvieron las intervenciones inmediatamente anteriores al sismo de 1746. Estas fueron además base de numerosos debates en torno a su reconstrucción tras el terremoto, si bien estas reformas se ciñeron únicamente a la iglesia. En 1739 fueron llamados a construir una nueva iglesia los arquitectos Cristóbal de Vargas, Juan de Matamoros y Manuel de Torquemada. La iglesia se construyó entre 1742 y 1746, siendo muy dañada en el terremoto de ese mismo año. Su actual fisionomía corresponde a su reconstrucción entre 1758 y 1766. Se trata de una iglesia de planta casi oval, cuyos ecos borrominianos, puestos de relieve por la historiografía, la han convertido en un caso de interés en el virreinato (Gisbert y Mesa, 1997, pp. 268-169). No obstante, más recientemente se ha comparado también con otros ejemplos españoles y americanos (Bailey, 2022, p. 750). Esta nave única presenta a los pies un sotocoro y en el lado opuesto da a un altar mayor de planta rectangular al que se accede mediante un arco de medio punto. El espacio interno se articula mediante

sencillas pilastras dóricas que soportan un entablamento, sobre el cual discurre una balaustrada de madera. La iglesia se cubre mediante una sencilla bóveda de cañón con grandes aperturas para las seis ventanas. Otros espacios de la iglesia, como el baptisterio, presentan una mayor profusión ornamental. Estas dependencias, al igual que la sacristía, se ubicaban a uno de los lados de la iglesia, mientras que en el otro se dispuso una sencilla portada lateral que ha sido muy comparada con la de la iglesia de San Antonio Abad.

Son varios los debates historiográficos surgidos en torno a dichos proyectos que han sido sintetizados recientemente por Alexander Bailey (2022, pp. 747-748). Por una parte, los historiadores han planteado la cuestión de si la reconstrucción comenzada a finales de la década de 1750 reutilizó el proyecto destruido en 1746 o si bien se trató de un plan *ex novo*. En su mayoría, los investigadores han sido cautos en no afirmar nada categóricamente ante la falta de apoyo documental, pero han tendido a considerar que el proyecto siguió lo trazado por la tríada de arquitectos citados. La única voz discordante fue la de Antonio San Cristóbal, quien argumentó que la iglesia era demasiado sofisticada para haber sido planteada en la década de 1740 y debía corresponder a otros arquitectos (2009, p. 182). Dada la falta de documentación y planos, es difícil sostener la conexión entre ambas fases constructivas. A pesar de ello, sobre esta hipótesis se planteó otro debate acerca de a quién correspondía el diseño de la planta de ecos borrominianos. La documentación cita a Cristóbal de Vargas, Juan de Matamoros y Manuel de Torquemada como artífices del proyecto inmediatamente anterior al sismo de 1746, siendo Torquemada el creador de un plano hoy perdido. Empero, desde las primeras investigaciones acerca del edificio se puso en duda que estos alarifes limeños fueran conocedores de las obras de Borromini en Roma y propusieron varias hipótesis para comprender la adhesión a estos modelos. El propio Harth-Terré fue el primero en plantear el nombre del jesuita Johannes Rehr, quien en 1747 estaba trabajando en la catedral limeña, apoyándose en las similitudes entre las portadas de los Huér-

fanos y San Antonio Abad, que atribuía a este arquitecto (Bailey, 2022, p. 748). Teresa Gisbert y José de Mesa (1997, pp. 268-269) propusieron otro nombre, de nuevo asociado con los jesuitas, el arzobispo Gregorio Molleda y Clerque. Este religioso visitó Roma y estuvo en Lima en 1742. Otros aceptaron la información que aportaba la documentación, admitiendo la autoría de la citada tríada de arquitectos, dando especial relevancia en el proyecto a Cristóbal de Vargas por ser el más prestigioso de los tres. Alexander Bailey ha defendido recientemente la posibilidad de que la adopción de los modelos borrominianos se debiesen a la circulación de tratados de arquitectura (Bailey, 2022).

Estos aspectos han acaparado casi todo el debate en torno al hospicio de niños huérfanos de Nuestra Señora de Atocha. En torno a estos procesos puede añadirse un nuevo nombre, el del alarife Antonio de Paredes, quien hubo de trabajar en la ejecución de la bóveda de la iglesia con posterioridad al terremoto. Se trataba de un arquitecto de cierto renombre, pues ya había trabajado en Panamá y participaría en la década de 1760 en la reconstrucción de iglesias de Trujillo dañadas en el terremoto de 1759, como la de los Carmelitas, en ambos casos a las órdenes del obispo Luna y Victoria. En la capital limeña había compuesto la fachada de la iglesia de las Trinitarias, reformado el hospital de San Andrés y creado una casa para Diego de Hesles que debía servir de hospicio para virreyes. Sin embargo, esta información no es útil para esclarecer los debates expuestos en torno al proyecto de la iglesia y su autoría. Si bien, sí permite conectar algunas técnicas y modelos entre varias zonas del virreinato, especialmente en lo que se refiere al uso de la quincha para las techumbres como un material versátil y de gran capacidad aislante. La bóveda de los Huérfanos ha sido puesta de relieve en conexión con otros ejemplos limeños como la propia catedral o las iglesias de Santo Domingo, San Francisco, San Lázaro o Trinitarias, pero destacando su especial complejidad (Marussi Castellan, 1986).

Más allá de los debates historiográficos, se ha podido localizar parte de la decoración de la primitiva iglesia que se construyó previamen-

te al sismo de 1746 y de la cual en la actualidad no parece quedar ningún resto. El templo presentaba cinco altares. El altar mayor lo ocupaba una imagen de Nuestra Señora de Regla, un lienzo de Nuestra Señora de Atocha, advocación del hospicio, y sobre este un crucifijo. La presencia de la Virgen de Regla se explica debido a la presencia en el hospicio de una cofradía con dicha advocación (Chuhue Huamán, 2009, pp. 149-150). En el lado derecho de la iglesia había tres altares, mientras que en el izquierdo solo uno. En uno de los tres citados se ubicaba un lienzo que simbolizaba el descendimiento y tres esculturas de pequeño tamaño representando a Santa Ana, San Joaquín y la Virgen. En otro, una imagen de bulto de Nuestra Señora de Amparo y en un último, un lienzo del evangelista San Mateo. De nuevo, la presencia de la Virgen del Amparo se debe a la existencia de otra cofradía bajo dicha advocación (Chuhue Huamán, 2009, pp. 149-150). En el sector izquierdo, el único altar contaba con una imagen de bulto de Santa Rosa de Lima. Alrededor de la iglesia se cita también una serie de un apostolado y otros lienzos. Aunque no se puede hablar de un programa iconográfico claro, es palpable la gran presencia de iconografía mariana y advocaciones de gran peso local. Parte de este patrimonio se encontraba en pleito, ya que podía pertenecer a la cofradía del Santísimo Sacramento, que tras el sismo de 1746 decidió abandonar la iglesia de los Huérfanos, reclamando algunas de estas obras.

#### **4. Un posible proyecto de un ingeniero militar para el hospicio de huérfanos**

Las reformas abordadas por la historiografía se ceñían únicamente a la iglesia, por lo que ignoraban completamente la parte asistencial del edificio: el propio hospicio. La enorme potencia destructiva del terremoto de 1746 hubo de afectar sin duda al hospicio, no obstante, ninguna intervención se ha puesto de relieve en todo el siglo XVIII. La localización de dos planos en la biblioteca de Cataluña puede aportar más información al respecto. Se trata de una planta y un alzado de dicho edificio, pero sin fechar ni firmar. En cuanto a la fecha, hay dos datos a tener en cuenta. Por una parte, la reforma de la iglesia se emprendió

entre 1758 y, aunque en 1761 ya estaba prácticamente finalizada, se extendió hasta mediados de dicha década. Por otro lado, los planos de la biblioteca de Cataluña corresponden al período del virrey Amat, quien gobernó entre 1761 y 1776. Esto reduce la creación del proyecto y de las posibles obras a dicho lapso. Retornando al plano, tanto el estilo como lo formal de este, especialmente en el alzado, hace indudable la intervención de un ingeniero militar en su ejecución. En tales fechas, los ingenieros militares que se hallaron presentes eran, por poco tiempo, José Antonio Birt y, posteriormente, Carlos Beranger. Es probable que estos planos pertenezcan al último de los citados. No obstante, su aparición aislada, sin documentación relacionada con dicha propuesta, así como la falta de elementos formales definitorios en su diseño, hacen imposible proponer una autoría que no estuviera basada únicamente en la presencia de estos ingenieros militares en la ciudad en fechas cercanas a la del proyecto. Igualmente, la falta de documentación complementaria dificulta saber hasta qué punto esto se llevó a cabo; además, la ausencia de leyendas en el plano impide un conocimiento profundo de la distribución de los espacios.

La presencia de un ingeniero militar bajando para un proyecto asistencial y, a su vez, religioso no es un caso único, pero reviste una gran relevancia por diversas razones. En la segunda mitad del siglo XVIII se produjo un aumento en la presencia de ingenieros en territorio americano, cuya función principal era atender a la defensa de sus plazas ante las amenazas de potencias extranjeras como la inglesa. A su vez, los arquitectos carecieron de un sistema de formación similar al de los ingenieros, sin apenas implantación de academias en América, lo cual hizo que hubiese muy pocos cualificados para este tipo de obras. Ambos factores contribuyeron a que los ingenieros militares hubieran de participar en obras de diversa índole, como es este caso. Esto conllevó además la introducción de un nuevo lenguaje y modelos arquitectónicos como alternativa al barroco.

A la vista de los planos resulta difícil comprender la profundidad de las propuestas del ingeniero, si se hubiera tratado de un edificio casi *ex novo* o si bien eran reformas de menor calado. La configuración del hospicio (véase figura 1) se articularía en torno a un atrio, ubicado en la entrada, que daba acceso a dos patios de planta rectangular. La simetría es total, lo cual podría facilitar la división entre sexos, los cuales además contaban con una educación diferenciada. Ello, unido a la propia creación del Colegio de Santa Cruz para las chicas dentro del propio hospicio en el siglo XVII, da a entender que eran dos ambientes sin apenas conexión. Por otra parte, se ha de añadir la presencia de la imprenta, privilegio concedido al hospicio y que debía ocupar un espacio importante del edificio. Aunque se carece de estudios monográficos, esta imprenta tuvo un papel importante como difusora de numerosos documentos, libros y grabados publicados en Lima ya desde 1619 con el privilegio de imprimir cartillas, pero especialmente tras la renovación constructiva posterior al sismo de 1746 y hasta 1824 (Toribio Medina, 1958, pp. 467-470, 524-525). Por norma general, las dependencias de este hospicio se configuran como grandes pabellones, con el objetivo de alojar a un número elevado de personas. Deben contarse espacios para refectorio, dormitorio o escuela, teniendo en cuenta que en muchos momentos hubo más de un centenar de niños. Asimismo, se percibe una gran atención a la iluminación de las salas, con la apertura de numerosas ventanas. A un lado y a otro de la entrada se dispusieron salas de menor tamaño, que probablemente fueran oficinas para la administración del propio hospicio. Parecidas son también las dependencias del ala central. Excepto un amplio pabellón dividido en dos por un muro que creaba dos estancias aisladas. Estas se conectaban a través de sendos tornos a una única sala. Puede pensarse, por ello, que se tratase del refectorio y la cocina, dividiendo de nuevo los espacios por sexos.

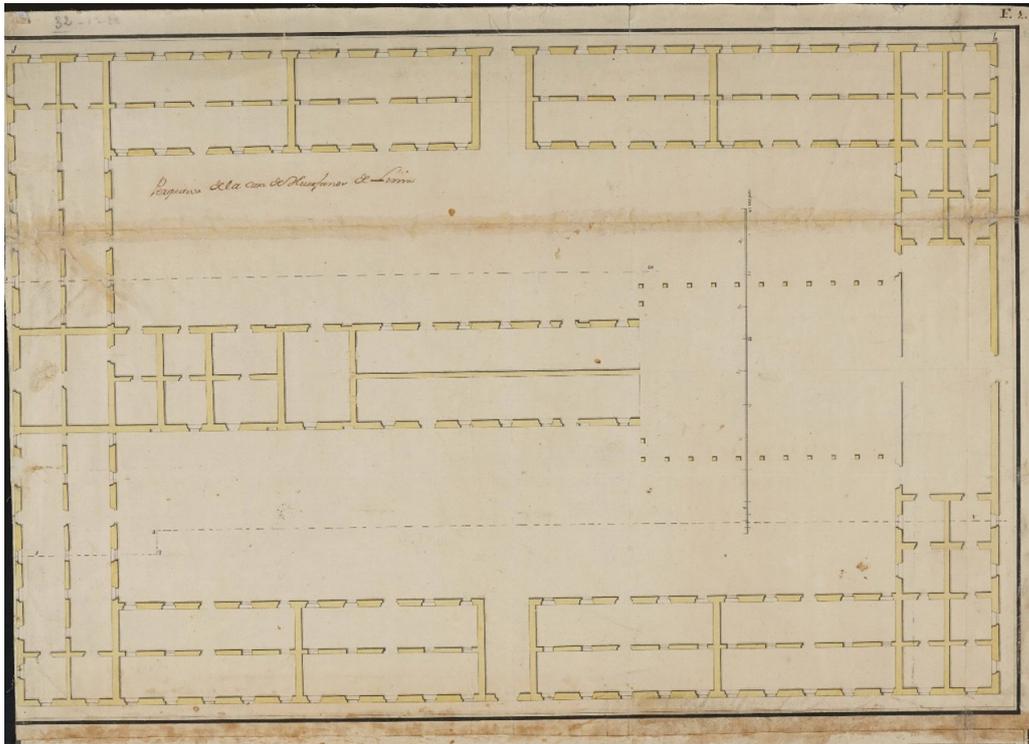


Figura 1. Planta del Hospicio de Huérfanos de Lima, s. f. (Biblioteca de Cataluña. Ms. 400/32-I).

En su alzado (véase figura 2), el edificio presenta al exterior una imagen muy austera, de escasa profusión ornamental. A la altura de la parte superior de las ventanas rectangulares discurren dos pequeñas molduras paralelas, mientras que en la parte interior del edificio corre un pequeño zócalo. Del mismo modo, los vanos se hallan enmarcados por unas molduras de gran simpleza. En el frente principal las molduras de las ventanas, en este caso cuadradas, se hacen más complejas y el zócalo gana algo de tamaño. En sus extremos, se decora el alzado con la presencia de un almohadillado, con ciertos ecos a la propia arquitectura militar. Este almohadillado está también presente

en la propia fachada, dándole una mayor monumentalidad. La portada es de gran sencillez, recordando a lo que se proponía en el informe de 1720. Se levanta sobre dos grandes pilastras dóricas, aparentemente cajeadas, que sostienen un sencillo frontón triangular, muy clásico. Dentro de este frontis se intuye una decoración con base en relieve. Probablemente fueran las armas reales, algo ya propuesto con anterioridad y que encaja con el privilegio que mantuvo el hospicio de la Corona. Este tipo de frontis recuerda al que se erigió en la fortaleza del Real Felipe, pero simplificando las pilastras pareadas a solo una a cada lado y suprimiendo la decoración sobre el frontón.

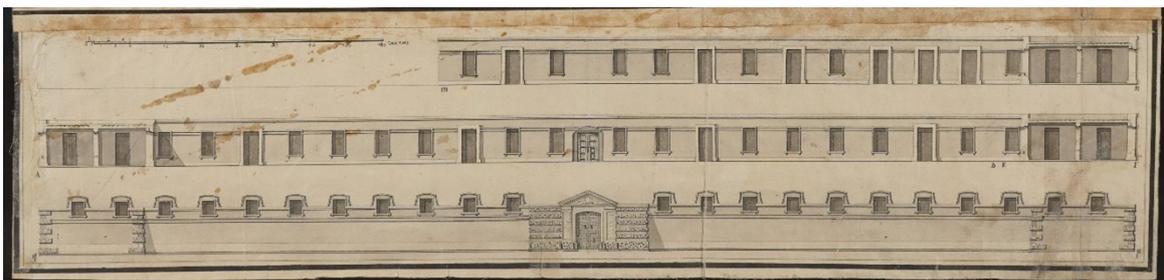


Figura 2. Alzado del hospicio de Huérfanos de Lima, s. f. (Biblioteca de Cataluña. Ms. 400/32-II).

Con respecto a la constancia documental sobre dichas obras, es difícil asegurar cuánto de estas se construyeron y si el proyecto del ingeniero constituía un cambio importante o solo realizó pequeñas modificaciones. En primer lugar, se tiene certeza de una intervención muy concreta. En 1762 se techó el cuarto de labores de las niñas del Colegio de Santa Cruz con quincha para evitar el “registro” de la ventana teatina que poseía dicha sala. Esta obra da a conocer tanto la presencia de este tipo de ventanas que normalmente se ubicaban en el techo, orientadas al sur para recibir aire fresco y luz, y la problemática que ello suponía por el contacto que se deduce se tenía con las huérfanas desde el exterior (Wieser Rey, 2012). Esta intervención ha de ser anterior a la que aquí se presenta. Más tardíamente, el mayordomo Andrés de Herrera afirmó que había hecho reformas en el hospicio, que se encontraba en muy mal estado desde su entrada en 1787. Los documentos no son demasiado elocuentes para medir las intervenciones efectuadas en el hospicio, si bien se resalta que aún había obras por acometer. Se recompusieron paredes y techumbres de diversas salas, así como se blanquearon. Más interesante resulta el énfasis que el mayordomo mostró en la separación de los sexos, siendo la cuestión que más le preocupaba. Entre otras medidas, se condujo una acequia para llevar agua al lavadero femenino para que no tuviesen contacto con los hombres. Del mismo modo, también se aumentó el tamaño dedicado para la imprenta, espacio fundamental en el funcionamiento económico del hospicio. A raíz de esta documentación o bien el proyecto del ingeniero nunca se llevó a cabo o bien fue precisamente bajo la labor del mayordomo Herrera cuando se ejecutó. La poca importancia de dichas reformas, que parecen recomponer lo existente, hace más factible la primera de las hipótesis.

Por último, también puede reconstruirse parte del ajuar litúrgico y obras de artes que tenía el hospicio a finales del siglo XVIII. Se vuelven a citar imágenes que ya estaban presentes en el templo a mediados de siglo, como las esculturas

de Santa Rosa y de la Virgen del Amparo. A estas pueden sumarse otras como un Jesús Nazareno en lo que se refiere a escultura y una serie de veinte lienzos de la vida de Santa Rosa y otros dos de San Juan y la Virgen. Así, además de otros elementos decorativos, muebles o textiles para las imágenes, destaca la presencia de elementos exóticos, como dos jarras de China, que prueban la existencia de un comercio globalizado de obras artísticas.

## 5. Conclusiones

El conocimiento que se tenía del Hospicio de Huérfanos de la ciudad de Lima desde un punto de vista artístico se reducía a las investigaciones realizadas acerca de su iglesia en sendas fases constructivas inmediatamente anteriores y posteriores al sismo de 1746. Sin embargo, apenas nada se sabía de los efectos que el terremoto de 1687 tuvo sobre la propia iglesia y su configuración. Asimismo, tampoco se tenía conocimientos de cómo se disponía el área asistencial del hospicio. Gracias a la aportación de documentación inédita se ha podido ofrecer nuevos datos que amplían el conocimiento sobre este edificio. Por otra parte, se ha podido ahondar en la vinculación que existió entre el hospicio y la Corona y el virreinato, y cómo ello favoreció la participación de arquitectos de alto nivel como Íñigo de Eraso o de un ingeniero militar, personaje que representaba la élite cultural del momento y que estaba directamente asociado con la política de la Corona. En el desarrollo de estas propuestas constructivas se han detectado varios aspectos de enorme interés en el panorama arquitectónico del momento. Por una parte, las cuestiones asociadas con la salubridad, la ventilación de los ambientes y su iluminación. Pero también los usos de la arquitectura para la separación de los sexos y la configuración de espacios mixtos y aislados, así como la incorporación de un nuevo lenguaje arquitectónico en lo que corresponde al proyecto del ingeniero. Del mismo modo, gracias a varios inventarios, se ha podido reconstruir parte del patrimonio artístico que en su momento alojó la iglesia y su hospicio.

---

## Notas

- 1 “Noticia histórica y económica del Colegio de Niñas Expósitas de esta capital”. *Mercurio Peruano*, 6 de marzo de 1791, pp. 169-173.
- 2 Carta de Juan José de Herrera. Lima, 16 de agosto de 1720. Resolución del monarca a consulta. San Lorenzo, 2 de octubre de 1718. British Library, EAP1049/1/10/1, 41v-43r.
- 3 Cédula Real de 3 de julio de 1711, ff. 2v-6v. Archivo General de Indias (AGI), Lima, 437.
- 4 Informe de los arquitectos Juan Íñigo de Eraso y Eugenio Fernández de Atienza. Lima, 5 de octubre de 1720. AGI, Lima, 437.
- 5 Hay versiones de este plano en: AGI, MP. Perú y Chile, 13 y Archivo Histórico Nacional (AHN), Inquisición, MPD, 44.
- 6 Cédula Real de 3 de febrero de 1722, Madrid. British Library, EAP1049/1/10/1, 118v-122r.
- 7 Carta del Obispo de Trujillo Luna y Victoria al virrey Amat. Trujillo, 26 de junio de 1767. AGI, Lima, 606.
- 8 Testimonios de Juan Pacheco, cobrador de la cofradía de la Candelaria, y Pascual de Jáuregui, “español que asiste en la casa de los huérfanos”. Lima, 5 de octubre de 1748. British Library, EAP1049/1/10/1, 140r-141r.
- 9 Biblioteca de Cataluña. Ms. 400/32-I y Ms. 400/32-II.
- 10 Certificación de Ignacio de Altube, secretario del Secreto del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición. 7 de mayo de 1762. British Library, EAP1049/1/10/1, 188r.
- 11 Informe del mayordomo Andrés de Herrera. Lima, 28 de noviembre de 1791. British Library, EAP1049/1/10/2, 3v-6v. “Razón de las obras que tiene hechas Don Andrés de Herrera en la Real Casa de Expósitos, 1º de julio de 1787, que entró de mayordomo”. Lima, 30 de octubre de 1790. British Library, EAP1049/1/10/2, 16r-18r.
- 12 “Razón de las especies existentes en poder, así pertenecientes al oratorio como a otras piezas de esta casa de niños expósitos [...]”, Martín Tagle. Lima, 24 de enero de 1794. British Library, EAP1049/1/10/2, 61r-62v.

---

## Referencias bibliográficas

- Álvarez Ortega, S. P. (2022). *Estrategias de diseño bioclimático en la arquitectura residencial colonial limeña*. [Tesis de Maestría en Ciencias con mención en Energías Renovables y Eficiencia Energética] Universidad Nacional de Ingeniería. <http://hdl.handle.net/20.500.14076/22960>
- Bailey, G. A. (2022). A Borromini-inspired church plan in eighteenth century Lima. *The Burlington Magazine* 164(1433), 740-751
- Barrera Camarena, H. (2017). Breve historia de una casa colonial limeña. Puesta en valor del patrimonio edificado. *Revista del Archivo General de la Nación* 32(1), 73-83. <https://doi.org/10.37840/ragn.v32i1.8>
- Batiz, P. (2003). Los vascos en la colonización del Perú. En J-C. Larronde, *VII Congreso de Estudios Vascos* (pp. 455-457). Eusko Ikaskuntza.
- Bayón, D. y Marx, M. (1989). *History of South American Colonial Art and Architecture*. Ediciones Polígrafa.
- Bernales Ballesteros, J. (1972). *Lima, la ciudad y sus monumentos*. Escuela de Estudios Hispanoamericanos.
- Chuhue Huamán, R. (2009). Orfandad, asistencialismo y caridad cristiana en Lima Colonial: Historia de la Iglesia de Niños Huérfanos de Lima. *Revista del Archivo General de la Nación* 27, 143-164. <https://revista.agn.gob.pe/ojs/index.php/ragn/issue/view/11>

- Chuhue Huamán, R. (2014). Enterramientos de expósitos y benefactores en la bóveda sepulcral de la iglesia y hospicio de niños huérfanos de Lima. En R. Chuhue Huamán y P. van Dalen (Eds.), *Lima Subterránea. Arqueología histórica. Criptas, bóvedas, canales virreinales y republicanos* (pp. 101-122). Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Chuhue Huamán, R. (2016). Una corporación poco conocida: la Hermandad de Nuestra Señora de Atocha de escribanos limeños en el siglo XVII. *Revista del Archivo General de la Nación* 31(1), 39-70. <https://doi.org/10.37840/ragn.v31i1.28>
- Crespo Rodríguez, M. D. (2020). *Arquitectura Doméstica de la Ciudad de los Reyes (1535-1750)*. Universidad de Sevilla y Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Fohn, M. (2016). Excavaciones arqueológicas en la Casa Bodega y Quadra en el centro histórico de Lima. *Boletín de Arqueología PUCP* 21, 145-162. <https://doi.org/10.18800/boletindearqueologiapucp.201602.009>
- Gisbert, T. y Mesa, J. (1997). *Arquitectura andina, 1530-1830*. Embajada de España en Bolivia.
- Guzmán Quintana, Y. K. (2018). Sustainability analysis of a colonial vernacular housing in the historical center of Lima. *Building & Management* 2(3), 8-23. <https://doi.org/10.20868/bma.2018.3.3838>
- Harth-Terré, E. (1942). La iglesia del Sagrado Corazón de Jesús. *El Arquitecto Peruano* (54), sin paginar.
- Harth-Terré, E. (1945). *Artífices en el virreinato del Perú*. Imprenta Torres Aguirre.
- Hernández García, R. (2005). El bien invisible. Una aproximación a la consideración de los niños durante el período virreinal en América hispana. *Diálogo Andino* 26, 15-40.
- Mannarelli, M.E. (2004). *Pecados Públicos. La ilegitimidad en Lima, siglo XVII*. Heinrich Böll Stiftung. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/75362>
- Marussi Castellan, F. (1986). Bóvedas a base de quincha en las edificaciones monumentales del virreinato del Perú. *Informes de la construcción* 37(377), 59-66. <https://informesdelaconstruccion.revistas.csic.es/index.php/informesdelaconstruccion/article/view/1789>
- Mattos-Cárdenas, L. (2016). El plano inédito de la ‘casona’ de San Marcos y la obra de Cristóbal de Vargas (siglo XVIII). El ‘módulo b-a-b’ y su recuperación. *devenir* 3(5), 28-44. <https://doi.org/10.21754/devenir.v3i5.230>
- Rivasplata Varillas, P. E. (2021). Insertando a huérfanas de ascendencia española en la sociedad limeña por medio de dotes del Colegio Santa Cruz en el siglo XVII. *Fronteras de la Historia* 26(2), 216-236. <https://doi.org/10.22380/20274688.1347>
- San Cristóbal, A. (2009). *Arquitectura firme del siglo XVIII en Lima*. Instituto de Investigación de la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Artes de la Universidad Nacional de Ingeniería.
- San Cristóbal Sebastián, A. (2011). *Arquitectura virreinal religiosa de Lima*. Universidad Católica Sedes Sapientiae.
- Scaletti Cárdenas, A. (2015). “...haviendo reconocido su fábrica de adovería y telares...”: La casa Riva-Agüero (Lima, Perú - siglo XVIII). *Actas del Noveno Congreso Nacional y Primer Congreso Internacional Hispanoamericano de Historia de la Construcción* 3, 1591-1601.
- Toribio Medina, J. (1958). *Historia de la Imprenta en los antiguos dominios españoles de América y Oceanía*. Tomo I. Edición digital: <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc2j6b1>
- Wethey, H. E. (1949). *Colonial Architecture and Sculpture in Peru*. Harvard University Press.
- Wieser Rey, M. (2012). Desempeño térmico y lumínico de las Teatinas limeñas. *Ciudad y Arquitectura* 5(1), 75-82.